

PARA AVANZAR EN EL ENTENDIMIENTO DE
LA VIOLENCIA
■ **EN COLOMBIA** ■
NUEVOS HORIZONTES ANALITICOS

Alberto Flórez Malagón*

Las propuestas de la literatura académica acerca de lo político, referidas a los grupos populares, han avanzado significativamente en las últimas décadas. Sin embargo, muchos de los recientes aportes interpretativos han sido poco asimilados y discutidos en Colombia. Una razón importante de este aparente descuido ha sido el énfasis de muchos estudios de ciencias sociales en los procesos de violencia explícita, y en sus múltiples manifestaciones, para entender el funcionamiento más global de las sociedades regionales colombianas. La necesidad por entender la complejidad de los procesos estructu-

rales que generan dichos hechos de violencia, ha privilegiado una producción académica muy centrada en los marcos que enfatizan los temas de la organización, de la rebelión armada, y de los conflictos abiertos en general. Sin embargo, esta preocupación apenas empieza a vincular una nueva mirada acerca de los temas de la rebelión, especialmente cuando esta pregunta indaga por el interesante tema de la «no rebelión».

** Político e Historiador.
Departamento de Historia e Instituto de
Estudios Rurales.
Pontificia Universidad Javeriana.*

Incluir la pregunta acerca del comportamiento político en los momentos en los cuales «no pasa nada», en los que las sociedades locales funcionan «normalmente» en ausencia de conflictos abiertos e incluso sangrientos, resulta un reto académico importante, y seguramente muy útil para ampliar el espectro del análisis más allá de las situaciones críticas a las que tanto nos hemos acostumbrado en la literatura académica colombiana.

Aunque éste no es un nuevo descubrimiento, ya que existen algunos trabajos publicados que hacen referencia a esta temática, se intenta resaltar aquí una mirada que explo-



re estos temas en diversas regiones colombianas, retomando la rica literatura acerca de resistencias cotidianas y sobre dinámicas de conflicto que parecen ser típicas de sociedades con un alto componente rural y que, sin embargo, no han sido privilegiadas debido al enorme énfasis «violentológico» de nuestras academias.

Dos vertientes que se intentan retomar aquí para la nueva mirada de lo político en lo popular se remiten a la escuela de la «economía moral» y a la propuesta de las «formas de la resistencia cotidiana». Aunque se han hecho algunos intentos recientes de presentación de estas escuelas en nuestro medio,¹ el debate que lleva ya varios años en la literatura internacional,² aún no se asimila con todas sus implicaciones analíticas.

Diferentes razones parecen explicar los ritmos peculiares de adecuación de nuestra cultura académica a los debates internacionales y no es aquí el lugar para analizar esta tendencia, pero sí parece evidente que en el tema de las rebeliones populares, existe una importante producción académica que nos ha sido ajena y que puede aportar elementos nuevos que permitirían ampliar nuestro entendimiento de otras dinámicas de conflicto diferentes a las que venimos estudiando y discutiendo desde hace ya varias décadas.

La primera referencia que se intenta recuperar para la formulación de nuevas preguntas de investigación, acerca de lo político en lo popular, es la de la «economía moral», propuesta que fue consolidada en la década de los años setenta. El aporte más grande que introduce esta escuela es el tema de la reciprocidad desigual que existe en las relaciones entre las clases. Dicha reciprocidad genera una especial aten-

ción hacia el espacio de la normatividad que regula dichas relaciones y a la manera en la cual ella se percibe desde los diferentes actores sociales. En el estudio de las sociedades campesinas, por ejemplo, este enfoque ha generado trabajos importantes y un énfasis en el análisis de las percepciones de lo que es justo e injusto en un universo local determinado. Aunque la mayoría de los economistas morales desarrollaron sus investigaciones acerca de contextos en los que el desarrollo del mercado capitalista socavó las bases tradicionales de la solidaridad dando lugar a rebeliones,³ la pregunta más general que proponen los estudios de caso es acerca de los mecanismos que generan aceptación o rechazo ante un universo de dominación a partir de lo que podría llamarse una ética de subsistencia.

Aunque la escuela de la economía moral ha sido objeto de diversas críticas que evidencian sus limitaciones, su uso, especialmente en el análisis de sociedades precapitalistas, ha reivindicado la mirada al espacio de lo cultural como una esfera sin cuya mediación no es posible entender las relaciones en-

¹ Me refiero a dos cortos ensayos de mi autoría: «La Escuela de la Economía Moral. Algunas de sus Limitaciones para el Análisis de lo Político en lo Campesino» en Cuadernos de Agroindustria y Economía Rural, No. 26, 1991 y «Elementos para una Nueva Historiografía Agraria. La Obra de James Scott» en Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, No. 21, 1993.

² Una excelente síntesis de las diversas tendencias desarrolladas dentro de esta escuela se presenta en el artículo de Scott Evan Gugenheim y Robert P. Weller, «Introduction: Moral Economy, Capitalism, and State Power in Rural Protest» en el libro editado por los mismos autores *Power and Protest in the Countryside*, Duke Press Policy Studies, Durham, N.C., 1982.

³ Comparar el análisis de Brooke Larson «Explotación y Economía Moral en el Sur de los Andes. Una Reconsideración Crítica» en *Historia Crítica*, No. 6, 1991.

tre el ámbito más «objetivo» de la economía y el mundo de la acción política. Incluso, en algunos autores que tratan el tema, el papel de lo cultural trasciende el de la simple mediación y concentra allí todo el énfasis de la explicación acerca de lo político.⁴

Más importante, quizás, que esta propuesta, que en todo caso se limita a sociedades que pueden referirse en sentido amplio como precapitalistas y que experimentan amenazas a los mecanismos tradicionales de su reproducción, encontramos, en los años ochenta, un aporte central a la literatura sobre rebelión y resistencia popular. Nos referimos al texto ya clásico de James Scott acerca de las formas de la resistencia cotidiana en sociedades campesinas.⁵ En una corriente culturalista muy influida por los métodos cualitativos de investigación, el politólogo Scott, reivindicó el papel de las «formas brechtianas» de la lucha de clases. En ellas, la aparente pasividad de ciertos grupos subordinados, especialmente para el caso de los campesinos asiáticos que interesó a Scott, abría sus posibilidades interpretativas cuando se identificaba su carácter individual y anónimo, como un mecanismo no organizado ni concertado, no obstante colectivo, de oponerse a las exigencias típicas de una clase dominante ávida de excedentes, servicios, mano de obra, etc.

Ejemplos tales como, los mecanismos de redistribución del ingreso a partir del pequeño robo continuado y anónimo; la evasión de los sitios de trabajo con excusas como la enfermedad o el olvido; la desertión de los cuarteles; la desatención a las órdenes de miembros del grupo dominante, aduciendo no haberlas escuchado o ser víctimas de la ignorancia; el chisme que busca deslegitimar el discurso de

los poderosos; en fin, las partes de un universo de cotidianidad, cobraban su importancia como formas de resistencia en contextos colectivos de complicidad y persistencia. Estas resultaban ser verdaderas «armas de los pobres», como las llamó el mismo Scott, lejos de las más estudiadas expresiones organizadas de la rebelión. Este redescubrimiento de lo cultural y más específicamente de lo cotidiano, como elementos del análisis político, ha ayudado a superar las influyentes simplificaciones acerca del comportamiento político de los grupos populares. Este último se limitó muchas veces a la temática de la conciencia de clase y a las formas de la organización como los principales recursos analíticos a través de los cuales se podía entender y actuar sobre, o desde, el mundo de lo popular.⁶

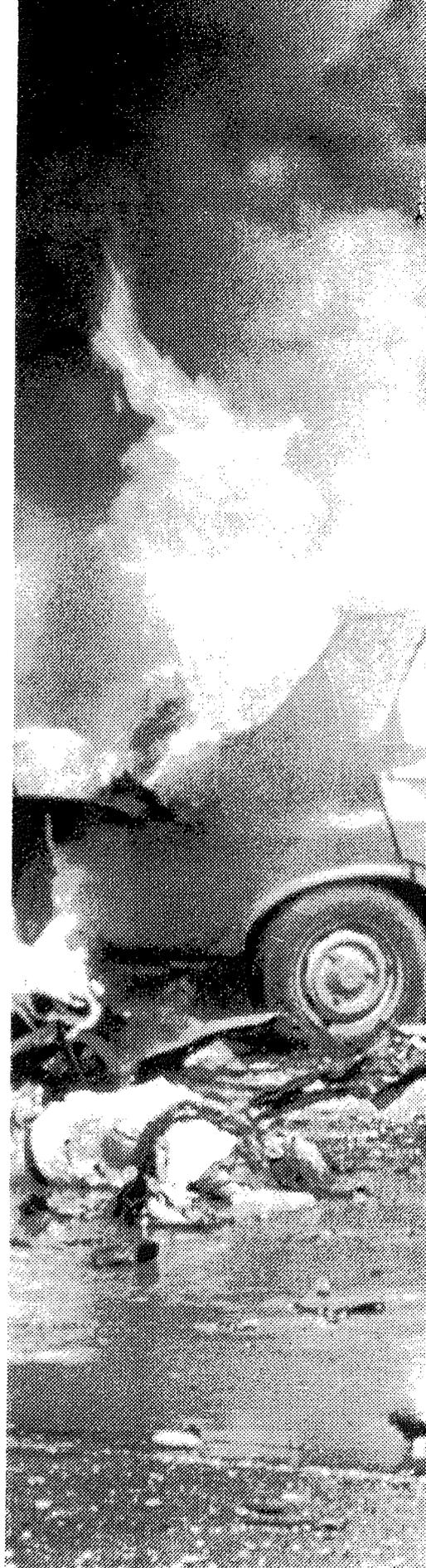
Colombia, un país cuya historia se ha caracterizado en la literatura académica como un lugar de «permanentes guerras endémicas»⁷ ofrece un reto importante para explorar dinámicas de conflicto local y regional que han sido ignoradas debido a la excesiva atención hacia los fenómenos explícitos de violencia política y social. La abundante literatura colombiana sobre el período de «la Violencia», especial-

⁴ En esa línea «dura» se puede referir el reciente trabajo de James Scott, *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*. Yale University Press, New Haven, 1990.

⁵ James Scott, *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*. Yale University Press, New Haven, 1985.

⁶ Véase, por ejemplo, el famoso debate entre Philip Corrigan y Eric Hobsbawm: «On the Politics of Production: A Comment on «Peasant and Politics» by Eric Hobsbawm,» en *Journal of Peasant Studies*, No. 2, 1974-75, pp. 341-351.

⁷ Ver Gonzalo Sánchez, «La Violencia en Colombia: New Research, New Questions» en *Hispanic American Historical Review*, Vol. 65, No.4, 1985, pp. 789-807.



mente para los años cuarenta y cinco, ha recreado un pasado plagado de hechos sangrientos y de innumerables conflictos resueltos por medios violentos explícitos que a menudo se proyectan desde el inicio de la vida republicana en el Siglo XIX. Las masacres, los excesos de las fuerzas paramilitares y partidistas que arrasaron los sectores rurales, los hechos de violencia generados desde el Estado, las demenciales expresiones de una «guerra» que cobró cientos de miles de muertes⁸, han llenado miles de páginas. Al tiempo, han creado una imagen del pasado cercano de Colombia que se ha vuelto, quizás, la mayor referencia para explicar continuidades en las diferentes manifestaciones del conflicto social en el país hasta la actualidad⁹.

No es exagerado decir que la mención a los años de «la Violencia» ha ocupado la mayor parte de la producción académica de las ciencias sociales en el medio colombiano. La proyección del análisis al tema de las continuidades, de las viejas y nuevas violencias ha llegado al punto de crear los neologismos «violentólogo» y «violentología» para referir la gran importancia cualitativa y cuantitativa de estos estudios en Colombia.

Ciertamente, la preocupación colombiana por estos procesos ha generado una literatura consistente y bastante desarrollada. Sin embargo, sus alcances en la literatura latinoamericana y aún mundial son muy reducidos a pesar de su alto potencial para los estudios comparados. Esto resulta llamativo si se tienen en cuenta la magnitud e importancia de dichos eventos para el desarrollo de la historia colombiana y sus analogías con procesos similares en otros países. A pesar de importantes similitudes con el análisis desarrollado alrededor, por

ejemplo, de la Revolución Mexicana, el alcance analítico de los estudios sobre «la Violencia» apenas ha logrado traspasar las barreras nacionales.

Como un resultado de la creciente profesionalización de la disciplina histórica en Colombia se han insinuado nuevas preguntas acerca de una realidad compleja en la que la homogeneización del fenómeno de «la Violencia» parece un sin sentido. El desarrollo de los estudios regionales y los aportes de los maestros del análisis sobre la Violencia, especialmente Paul Oquist, Daniel Pecaut y Gonzalo Sánchez, nos han introducido a un mundo de heterogeneidades. Ya muy pocos hablan

⁸ Esta comparación se establece en el trabajo pionero de GUZMAN, Germán, Orlando FALS BORDA y Eduardo UMAÑA LUNA, *La Violencia en Colombia*. (2 vol.), Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1963. Para una discusión del caso mexicano véase Eric Van Young, «To See Someone Not Seeing: Historical Studies of Peasants and Politics in Mexico» en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, 6 (1), Winter, 1990, pp. 133-159, particularmente la crítica al trabajo de John Tutino, *From Insurrection to Revolution in Mexico. Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940*. Princeton University Press, Princeton, 1988.

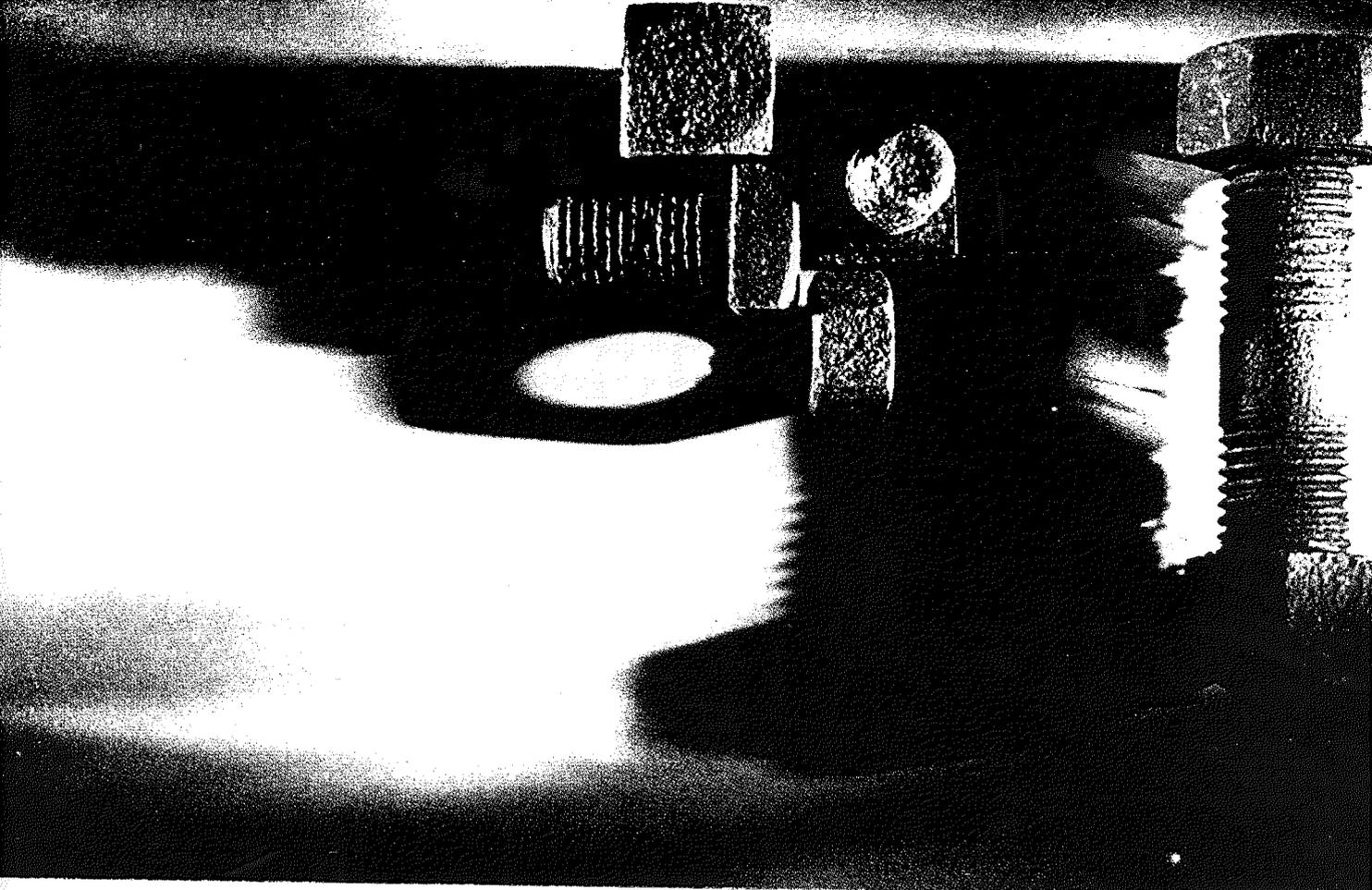
⁹ Tal ha sido el crecimiento en número de trabajos sobre «la Violencia» que existen varios textos dedicados a reseñar esta producción. Véase, CARDONA GRISALES, Guillermo, *Para un estudio sobre la Violencia*. Bibliografía. Documentos Ocasionales, No. 55, CINEP, Bogotá, 1989; MENA, Ana Lucía, «Bibliografía Anotada sobre el Ciclo de la Violencia en la Literatura Colombiana» en *Latin American Research Review*, 18:3 (1978), 95-107 y RAMSEY, Russell W., «Critical Bibliography on la Violencia in Colombia» en *Latin American Research Review*, 8:1, (1970), 3-45. Colecciones de artículos de los más reconocidos autores sobre el tema se encuentran en CARDENAS, Martha, ed., *Once Ensayos sobre la Violencia*, CEREC, Bogotá, 1985; SANCHEZ, Gonzalo, et al., *Colombia: Violencia y Democracia*, Universidad Nacional, Bogotá, 1987; SANCHEZ Gonzalo y PEÑARANDA, Ricardo, (eds.), *Pasado y Presente de la Violencia en Colombia*. Editorial CEREC, Bogotá, 1991. Debe mencionarse aquí los resultados de los dos grupos de estudio de la Universidad Nacional acerca de los procesos de Violencia coordinados respectivamente por Alejandro Reyes P. y Myriam Jimeno.

de una violencia y sí de varias violencias; los períodos de las mismas no se definen con tanta claridad y son sujeto de debate; y más importante, se descubre que las respuestas regionales ante los procesos de Violencia son tan diversas que algunos autores encuentran difícil una globalización definitiva del proceso a nivel nacional.

En respuesta a estas preocupaciones los trabajos más recientes sobre el tema¹⁰ han aplicado renovadas metodologías de investigación que cubren desde el análisis cuantitativo hasta las técnicas de la historia oral para descubrir innumerables respuestas regionales ante el desarrollo de «las Violencias». Nuevas fuentes se descubren a diario y la importancia de lo local cobra cada día más importancia para el entendimiento del fenómeno.

En el límite de estas preocupaciones, se identifica una tendencia que inevitablemente lleva a profundizar el problema regional atendiendo a las zonas donde aparentemente «nada pasó» durante «la Violencia». Poco a poco los temas de la pasividad, del aislamiento, empiezan a volverse atractivos para el estudio de «la Violencia». Sin embargo, no es el interés por las excepciones a la regla lo que motiva estas ideas, por el contrario, es la posibilidad de retar toda la interpretación sobre el fenómeno la que vuelve llamativas estas regiones.

¹⁰ Referimos aquí el libro próximo a publicarse de la socióloga Rocío Londoño sobre el Movimiento de Juan de la Cruz Valera en las luchas agrarias del Sumapaz, Cundinamarca; también se refiere el grupo de tesis de maestría en historia de la Universidad Nacional de Colombia dirigidas por Gonzalo Sánchez en 1989 y publicadas por Tercer Mundo Editores; otros trabajos importantes son el libro de próxima aparición de Michael Jiménez sobre luchas agrarias en Viotá, Cundinamarca; y la tesis doctoral de Mary Jean Roldán, «Genesis and Evolution of violence in Antioquia (1900-1953)», Ph.D. dissertation, Harvard University, 1992.



El retrato de «la Violencia» como un conflicto abierto generalizado, es solo aplicable a unas pocas aunque importantes regiones. Las preguntas acerca de las zonas de mayor o menor intensidad de conflicto requieren complementarse con el entendimiento más amplio de las diferentes respuestas y dinámicas de conflicto local, no todas ellas violentas, que se generan en un período histórico como el aquí referido.

Más allá de las enseñanzas que el estudio de regiones de «no-violencia» pueda dar a la visión global del fenómeno, y que obviamente tendrán que resolverse a partir de otros estudios similares, el otro viraje metodológico que implica esta reflexión es la necesidad de incluir nuevas perspectivas analíticas que exigen una mirada a los espacios culturales, especialmente los detectados en la cotidianidad. Estos

servirían para explicar mejor el desarrollo local de algunos de los objetos tradicionales como serían los partidos políticos, las relaciones de clase y para resolver el interesante dilema planteado entre el análisis estructural y el coyuntural, sin olvidar el tema de la agencia de los individuos para la objetivación del proceso histórico.

Muchas regiones en Colombia ofrecen una oportunidad valiosa para entender un grupo de fenómenos que hasta la fecha han sido poco estudiados. El patrón de respuesta ante «la Violencia» en estos sitios puede haber sido el mismo en áreas como el Altiplano Cundiboyacense y en otros departamentos. Paul Oquist, pionero en los estudios regionales de «la Violencia» refirió los casos de la Costa Atlántica y de Nariño, lo mismo que el pueblo de Aguadas (Caldas), los cuales constituyeron «islas en un mar de san-

gre»¹¹. Sin embargo, estas y otras zonas parecidas y sus correspondientes respuestas locales ante «la Violencia» todavía no se han estudiado suficientemente desde la propuesta pionera de Oquist.

Lo que interesa aquí son los medios por los cuales afiliaciones partidistas y de clase, potencialmente conflictivas, desarrollaron mecanismos para su coexistencia y la resolución de sus tensiones en ausencia de conflictos abiertos importantes. Esto sugiere el triunfo del poder local frente a las tendencias nacionales y su fortalecimiento a través del período de «la Violencia».

El reto de estudiar regiones donde «nada pasa», en donde las manifestaciones de la Violencia no son tan

¹¹ OQUIST, Paul, *Violencia Conflicto y Política en Colombia*. Instituto de Estudios Colombianos, Bogotá, 1978, pág. 315.

explícitas, incluye, además problemas analíticos y metodológicos que envuelven discursos implícitos sobre el conflicto. A estas dificultades se añade la precariedad de las fuentes.

Cualquier intento por reconstruir los eventos que sucedieron en regiones que no participaron tan claramente en los episodios descritos como típicos del período, plantea varias preguntas historiográficas: ¿Fueron estos casos aislados? ¿Hubo una tendencia regional dirigida a desarrollar estrategias para adaptar los efectos de «la Violencia» cuando se generaba «desde arriba» o «desde afuera»? Examinar las regiones que aparecen como pasivas durante el período de «la Violencia» sugiere también la utilidad de las aproximaciones culturales, además de las tradicionales políticas, económicas y sociales. Finalmente, el análisis provee claves importantes para lo que Fernán González llamaría «una nación en construcción».¹²

Aunque la diversidad de las estructuras locales y regionales y sus expresiones y transformaciones a través del período de la Violencia muestran una amplia gama de situaciones, lo que sí parece común a

muchas de ellas es el rechazo a la violencia expansiva, liderada por grupos de élite a los cuales no convenía el desorden social que involucraba la guerra bipartidista.

Trabajos aún inéditos o en proceso de elaboración parecen insinuar esta tendencia desde diversas ópticas. Faltaría explorar si algunas de las zonas de «no violencia» respondieron a un esquema de control y rechazo de la misma con protagonismo de los sectores populares.¹³

Por ahora, parece insinuarse una tipología que incluye zonas de cierto desarrollo capitalista en el departamento del Tolima,¹⁴ algunas de las áreas urbanas,¹⁵ y zonas de control hacendatario.

El avance de estudios comparativos que estructuren una regionalización de las zonas de «no violencia» debe esperar no solo a la publicación de estos y otros trabajos sino también al inicio de nuevas investigaciones que estudien el caso de zonas de frontera¹⁶ y de regiones marginales, además del comportamiento durante el período de toda clase de minorías y de grupos relativamente aislados dentro de la geografía nacional. Solamente entonces podrá hacerse un análisis más integral de lo que su-

cedió en Colombia durante el período de la Violencia.

Finalmente, la exploración de las preocupaciones hasta aquí expresadas puede hacerse en un universo regional muy amplio, el cual puede definirse a partir de las zonas con más bajo nivel de conflicto aparente durante los procesos históricos en el Siglo XX en Colombia.

¹² Algunos avances importantes en el entendimiento de las dinámicas regionales se encuentran en estudios recientes. Mary Roldán, por ejemplo, demuestra las formas en las cuales las crisis políticas y sociales al nivel local se combinaron con la crisis nacional para generar «la Violencia» en el caso de Urao en Antioquia en un excelente estudio regional que supera las interpretaciones bipartidistas per se. ROLDAN, Mary Jean, «Genesis and Evolution of violence in Antioquia (1900-1953),» Ph.D. dissertation, Harvard University, 1992.

¹³ Como parece insinuar el trabajo de Michael Jiménez acerca de la zona de Viotá, Cundinamarca aún no publicado en su totalidad.

¹⁴ Estudio no publicado de Donny Meertens sobre la región de Guamo, Tolima.

¹⁵ El trabajo en elaboración de Mauricio Archila, expuesto brevemente como ponencia en la mesa sobre «Colombia in the Fifties: Beyond The Violence» en el Latin American Studies Association International Congress en Los Angeles, en septiembre de 1992

¹⁶ Ver RAUSCH, Jane, *The Llanos Frontier in Colombian History, 1830-1930*. University of New Mexico Press, Albuquerque, 1993.

